



Índice.

- 1.-Descubre dentro de tu corazón la mirada de Dios.
- 2.-Cristo está donde los hombres experimentan las dificultades de la liberación (Desierto)
- 3.-El Miércoles de Ceniza
- 4.- El rito de la Ceniza

Índice:

1. El sentido del tiempo
 2. El ritmo y los cambios de los tiempos en el año litúrgico
 3. Una oportunidad para encontrarnos con la verdad de nuestra propia existencia
 4. Anuncio y signo de salvación
 5. Dos maneras de vivir
 6. El mensaje luminoso de la Cuaresma
 7. Prácticas cuaresmales
 - a) Tiempo de orar
 - b) Tiempo de ayuno y de libertad
 - c) tiempo de caridad y amor fraterno
 - d) Tiempo de arrepentimiento y penitencia
- Conclusión

1.-Descubre dentro de tu corazón la mirada de Dios

Es demasiado fácil dejar pasar el tiempo sin profundizar, sin volver al corazón. Pero cuando el tiempo pasa sobre nosotros sin profundizar en la propia vocación, sin descubrir y aceptar todas sus dimensiones, estamos quedándonos sin lo que realmente importa en la existencia: el corazón (entendido como nuestra facultad espiritual en la que se manejan todas las decisiones más importantes del hombre). El corazón es el encuentro del hombre consigo mismo.

“Volved a mí de todo corazón”. Son palabras de Dios en la Escritura. No podemos regresar auténticamente a Dios si no es



Reflexiones Católicas.

desde el corazón, y tampoco podemos vivir si no es desde el corazón. Dios llama en el corazón, pero, en un mundo como el nuestro, en el cual tan fácilmente nos hemos olvidado de Dios, en un mundo sin corazón, a nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI, nos cuesta llegar al corazón. Dios llama al corazón del hombre, a su parte más interior, a ese yo, único e irrepetible; ahí me llama Dios.

Yo puedo estar viviendo con un corazón alejado, con un corazón distraído en el más pleno sentido de la palabra. Y cuánto nos cuesta volver. Cuánto nos cuesta ver en cada uno de los eventos que sucede la mano de Dios. Cuánto nos cuesta ver en cada uno de los momentos de nuestra existencia la presencia reclamadora de Dios para que yo vuelva al corazón. El camino de vuelta es una ley de vida, es la lógica por la que todos pasamos. Y mientras no aprendamos a volver a la dimensión interior de nosotros mismos, no estaremos siendo las personas auténticas que debemos de ser.

Podría ser que estuviésemos a gusto en el torbellino que es la sociedad y que nuestro corazón se derramase en la vida de apariencia que es la vida social. Pero es bueno examinarse de vez en cuando para ver si realmente ya he aprendido a medir y a pesar las cosas según su dimensión interior, o si todavía el peso de la existencia está en las conveniencias o en las sonrisas plásticas.

¿Pertenezco yo a ese mundo sin corazón? ¿Pertenezco yo a ese mundo que no sabe encontrarse consigo mismo? Dios llama al corazón para que yo vuelva, para que yo aprenda a descubrir la importancia, la trascendencia que tiene en mi existencia esa dimensión interior. Estamos terminando la Cuaresma, se nos ha ido un año más de las manos, recordemos que es una ocasión especial para que el hombre se encuentre consigo mismo.

Curiosamente la Cuaresma no es muy reciente en la historia de la Iglesia, los apóstoles no la hacían. La Cuaresma viene del inicio de la vida monacal en la Iglesia, cuando los monjes empiezan a darse cuenta de que hay que prepararse para la llegada de Cristo. Todavía hoy día hay congregaciones que tienen dos Cuaresmas. Los carmelitas tienen una en Adviento, cuarenta días antes de Navidad, y tienen cuarenta días antes de Pascua, de alguna manera significando que a través de la Cuaresma el espíritu humano busca encontrarse con su Señor. Las dos Cuaresmas terminan en un particular encuentro con el Señor: la primera en



Reflexiones Católicas.

el Nacimiento, en la Natividad, en la Epifanía, como dicen estrictamente hablando los griegos; y la segunda, en la Resurrección. Si en la primera manifestación vemos a Cristo según la carne; en la segunda manifestación vemos a Cristo resucitado, glorioso, en su divinidad.

De alguna manera, lo que nos está indicando este camino cuaresmal es que el hombre que quiera encontrarse con Dios tiene que encontrarse primero consigo mismo. No tiene que tener miedo a romper las caretas con las que hábilmente ha ido maquillando su existencia. El hombre tiene que aprender a descubrir dentro de su corazón la mirada de Dios.

Para este retorno es necesario crear una serie de condiciones. La primera de todas es ese aprender a ensanchar el espacio de nuestro espíritu para que pueda obrar en nuestro corazón el Espíritu Santo. Ensanchar nuestro espíritu a veces nos puede dar miedo. Ensanchar el corazón para que Dios entre en él con toda tranquilidad, no significa otra cosa sino aprender a romper todos los muros que en nosotros no dejan entrar a Dios.

¿Realmente nuestro espíritu está ensanchado? ¿Mi vida de oración realmente es vida y es oración? ¿Realmente en la oración soy una persona que se esfuerza? ¿Consigo yo que mi oración sea un momento en el que Dios llena mi alma con su presencia o a veces con su ausencia? Dios puede llenar el corazón con su presencia y hacernos sentir que estamos en el noveno cielo; pero también puede llenarlo con su ausencia, aplicando purificación y exigencia a nuestro corazón.

Cuando Dios llega con su ausencia a mi corazón, cuando me deja totalmente desbaratado, ¿qué pasa?, ¿Ensancho el corazón o lo cierro? Cuando la ausencia de Dios en mi corazón es una constante —no me refiero a la ausencia que viene del sueño, de la distracción, de la pereza, de la inconstancia, sino a la auténtica ausencia de Dios: cuando el hombre no encuentra, no sabe por dónde está Dios en su alma, no sabe por dónde está llegando Dios, no lo ve, no lo siente, no lo palpa—, ¿abrimos el espíritu?, ¿Seguimos ensanchando el corazón sabiendo que ahí está Dios ausente, purificando mi alma? O cuando por el contrario, en la oración me encuentro lleno de gozo espiritual, ¿me quedo en el medio, en el instrumento, o aprendo a llegar a Dios? Cuando nuestra vida es tribulación o es alegría, cuando nuestra vida es gozo o es pena, cuando nuestra vida está llena de



Reflexiones Católicas.

problemas o es de lo más sencilla, ¿sé encontrar a Dios, sé seguirle la pista a ese Dios que va abriendo espacio en el corazón y por eso me preocupo de interiorizar en mi vida? Uno podría pensar: ¿Cuál es mi problema hoy? ¿Hasta qué punto en este problema —un hijo enfermo, una dificultad con mi pareja, algún problema de mi hijo—, he visto el plan de Dios sobre mi vida?

Tenemos que experimentar la gracia de esta convicción, hay que ensanchar el corazón abriéndolo totalmente a la acción transformadora del Señor. Sin embargo, nunca tenemos que olvidar, que contra esta acción transformadora de Dios nuestro Señor hay un enemigo: el pecado. El pecado que es lo contrario a la Santidad de Dios. Y para que nos demos cuenta de esta gravedad, San Pablo nos dice: "Dios mismo, a quien no conoció el pecado, lo hizo pecado por nosotros". Pero, mientras no entremos en nuestro corazón, no nos daremos cuenta de lo grave que es el pecado.

Cuando yo miro un crucifijo, ¿me inquieta el hecho de que Cristo en la cruz ha sido hecho pecado por mí, de que la mayor consecuencia del pecado es Cristo en la cruz? ¿Me ha dicho Dios: quieres ver qué es el pecado? Mira a mi Hijo clavado en la Cruz.

Cuando uno piensa en el hambre en el mundo; o cuando uno piensa que en cada equis tiempo muere un niño en el mundo por falta de alimento y por otro lado estamos viendo la cantidad de alimento que se tira, preguntémosnos: ¿No es un pecado contra la humanidad nuestro despilfarro? No el vivir bien, no el tener comodidades, sino la inconsciencia con la que manejamos los bienes materiales. ¿Nos damos cuenta de lo grave que es y lo culpable que podemos llegar a ser por la muerte de estos hermanos?

¿Me doy cuenta de que cada persona que no vive en gracia de Dios es un muerto moral? ¿No nos apuran la cantidad de muertos que caminan por las calles de nuestras ciudades? Tengo que preguntarme: ¿Me preocupa la condición moral de la gente que está a mi cargo? No es cuestión de meterse en la vida de los demás, pero sí preguntarme: ¿Soy justo a nivel justicia social? ¿Me permito todavía el crimen tan grave que es la crítica? ¿Me doy cuenta de que una crítica mía puede ser motivo de un gravísimo pecado de caridad por parte de otra persona?

Siempre que pensemos en el pecado, no olvidemos que la



auténtica imagen, el auténtico rostro donde se condensa toda la justicia, todo desamor, todo odio, todo rencor, toda despreocupación por el hombre, es la cruz de nuestro Señor.

El abandono que Cristo quiere sufrir, el grito del Gólgota: "¿Por qué me has abandonado?" pone ante nuestros ojos la verdadera medida del pecado. En Cristo esta medida es evidente por la desmesurada inmensidad de su amor. El grito: "¿Por qué me has abandonado?" es la expresión definitiva de esta medida. El amor con el que me ha amado, el amor que ama hasta el fin. ¿He descubierto esto y lo he hecho motivo de vida; o sólo motivo de lágrimas el Viernes Santo? ¿Lo he hecho motivo de compromiso, o sólo motivo de reflexión de un encuentro con Cristo? ¿Mi vida en el amor de Dios se encierra en ese grito: ¿"Por qué me has abandonado"?, que es el amor que ama hasta el último despojamiento que puede tener un alma?

En esta Cuaresma es necesario volver al interior, descubrir la llamada de Dios a la entrega y al compromiso, volver a la propia vocación cristiana en todas sus dimensiones. Y para lograrlo es necesario abrir primero nuestro espíritu a Dios y comprender la gravedad del pecado: del pecado de omisión, de indiferencia, de superficialidad, de ligereza. Es ineludible volver a la dimensión interior de nuestro espíritu, en definitiva, no ir caminando por la vida sin darnos cuenta que en nosotros hay un corazón que está esperando ensancharse con el amor de Dios.

2.-CRISTO ESTA DONDE LOS HOMBRES EXPERIMENTAN LAS DIFICULTADES DE LA LIBERACION (DESIERTO)

OBJETIVO CATEQUETICO

* Descubrir que la experiencia de fe implica afrontar la situación de desierto.

* Quien afronta la situación de desierto está en el camino que conduce a Cristo.

84. El desierto, experiencia bíblica ante las dificultades de la liberación.

El desierto, en la Escritura, más que un lugar geográfico es una experiencia profundamente religiosa y profundamente humana, que se



Reflexiones Católicas.

produce siempre en una circunstancia típica: cuando el hombre experimenta las dificultades de la propia liberación.

85. El desierto, experiencia de todos los días El Salmo 94 (7-11) actualiza para Israel la experiencia del desierto. El desierto no es algo que pertenece a una historia pasada. Es de todos los días, y todos los días Israel, en una forma u otra, se ve confrontado con el desierto, sometido a la prueba y a la encrucijada de obedecer al plan de Dios o endurecer su corazón como en los días antiguos.

86. El desierto, tierra inhóspita; lugar de paso, no de permanencia; lugar donde no hay camino, pero lugar que debe cruzarse

El desierto es una tierra inhóspita, "tierra que Dios no ha bendecido", lugar donde no hay camino, como en el mar. Simbólicamente, el desierto se opone a la tierra habitable y fértil como la maldición a la bendición. El desierto es, pues, una tierra maldita. Ahora bien, Dios quiso hacer pasar a su pueblo por esta «tierra espantosa» (Dt 1, 19), para hacerle entrar en una "tierra que mana leche y miel". En efecto, el desierto es un lugar de paso, no de permanencia; lugar donde no hay camino, pero lugar que debe cruzarse.

87. El desierto, lugar de la tentación

En el fondo, el desierto es el lugar de la tentación y, al mismo tiempo, el lugar del encuentro del hombre con Dios. Es el lugar de la tentación, el lugar de la prueba, donde queda al descubierto lo que hay en el corazón del hombre: si el hombre se fía realmente de Dios, si vive de su Palabra: "Recuerda el camino que el Señor tu Dios te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto; para humillarte para ponerte a prueba y conocer tus intenciones: si guardas sus preceptos, o no. El te afligió, haciéndote pasar hambre, y después te alimentó con el maná -que tú no conocías ni conocieron tus padres- para enseñarte que no sólo de pan vive el hombre, sino de cuanto sale de la boca de Dios" (Dt 8, 2-3).

(Humillar significa aquí el reconocimiento de la necesidad que el hombre tiene de Dios para vivir.)

88. El desierto, lugar del encuentro del hombre con Dios El desierto es, también, el lugar del encuentro del hombre con Dios.

Dios está en medio de su pueblo cuando éste cruza el desierto. Dios le manda el maná, el alimento del desierto: cuida de que su pueblo



Reflexiones Católicas.

no desfallezca. El maná proporcionaba el sustento día a día. No quedaba asegurado el día de mañana: si alguno tomaba doble provisión, ésta se pudría. La lección del maná es un elemento fundamental en la experiencia israelita del desierto y, en general, de la experiencia religiosa de Israel a lo largo de su historia: el hombre ha de confiar en Dios y no en su propia fuerza (Dt 8, 17-18).

89. Dios abre caminos donde no existen: "Yahvé provee" En mirada retrospectiva, el pueblo puede reconocer con asombro la acción de Dios, pues la amenaza aniquiladora del desierto ha quedado despojada de su terrible aguijón al paso del pueblo. El Deuteronomio lo expresa en bella fórmula: "Tus vestidos no se han gastado, no se te han hinchado los pies durante estos cuarenta años" (Dt 8, 4). Lo que podía haber sido la tumba del pueblo (Ex 17, 3), lo convirtió Yahvé en un lugar de paso hacia una tierra espléndida, habitable, fértil (Dt 8, 7-10). La explicación es solamente ésta: Dios abre caminos donde no existen.

Abraham expresa esta misma fe de otra forma: "Yahvé provee" (Gn 22, 1-14).

90. Los "pecados del desierto"

El desierto, como la cruz y el dolor, se experimenta con un test que revela lo que hay en el corazón del hombre. El hombre describe en esa

situación su verdadera orientación profunda. Pablo recuerda a la comunidad de Corinto que la experiencia del desierto dejó al descubierto

a un pueblo codicioso del mal; era un pueblo que no se fiaba de Yahvé.

Pablo recuerda también cuáles son los "pecados del desierto" en los que se concreta la reacción desconfiada del pueblo: idolatría y fornicación, tentar a Dios, murmuración (1 Co 10, 6-10).

91. Idolatría y fornicación BECERRO-ORO El relato del becerro de oro (Ex 32) resume la actitud idolátrica de Israel a través del desierto: Israel no acepta a Yahvé como Yahvé es; prefiere un dios a su alcance, hecho a imagen y semejanza propia, cuya ira pueda ser aplacada con sacrificios, aunque no marque un camino para la propia historia:



Reflexiones Católicas.

querría no estar a la escucha de Dios, sino tener a Dios a su servicio.
En

definitiva, Israel no aguanta el desierto y plasma todo su deseo de tierra fértil en el símbolo de la fertilidad que es el toro, y en los festejos y orgias sexuales propios del viejo culto pagano: "Sentóse el pueblo a comer y a beber y se levantó a divertirse" (1 Co 10, 7-8; Ex 32, 6; Nm 25, 1 ss.).

92. «Tentar a Dios» TENTAR-DEO El "tentar a Dios" puede adquirir formas diferentes: o bien el hombre quiere salir de la prueba intimando a Dios a ponerle fin (cf. Ex 15, 22-25 y 17, 1-7) o bien se pone en una situación sin salida: "para ver si" Dios es capaz de sacarlo de ella; o también se obstina, a pesar de los signos evidentes, en pedir otras "pruebas" de la voluntad de Dios (Sal 94, 9; Mt 4, 7). Todo, en definitiva, se reduce a no creer en el Dios que traza caminos en la historia y preferir las seguridades de su precaria situación en el país de Egipto.

93. La murmuración

Lo que había en el corazón del pueblo se manifiesta frecuentemente a través de la murmuración: desde las primeras etapas el pueblo se cansa y habla contra Dios y contra su plan: ni seguridad, ni agua, ni carne... La murmuración aparece una y otra vez en los relatos del desierto (Ex 14, 11; 16, 2-3; 17, 2-3; Nm 14, 2 ss.; 16, 13 ss; 20, 4-5; 21, 5). El pueblo echa de menos la vida ordinaria: vale más una vida de esclavos que la muerte que amenaza; el pan y la carne, más que el insípido maná.

94. La rebeldía de un pueblo frente a Dios. Una equivocación radical Los pecados del desierto dejan al descubierto la rebeldía de un pueblo

de dura cerviz: "Habéis sido rebeldes al Señor, desde el día que os conocí" (Dt 9, 24) dice Moisés. Y el salmo 94 se expresa en términos

semejantes: «Durante cuarenta años aquella generación me asqueó, y dije: "Es un pueblo de corazón extraviado, que no reconoce mi camino"»

(Sal 94, 10). Lo que pierde a Israel es la equivocación radical de confundir, o mejor, identificar el camino de Dios con el camino del éxito, y

ése será siempre en la historia de la religión el gran obstáculo a la constancia de la fe. La lucha de Moisés, el portavoz de Dios, será contra

esta «manía de éxito» espectacular en Israel.



Reflexiones Católicas.

95. Cristo ha colgado en la cruz lo que suele recibir el nombre de vida, porque la vida del hombre está en otra parte. Desierto y cruz son, en cierto sentido, realidades equivalentes. "El que quiera seguirme -dice Jesús- que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará" (Lc 9, 23-24). Dice también: «Lo mismo que Moisés elevó la serpiente de bronce en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna» (Jn 3, 14-15). Efectivamente, Jesús ha colgado sobre la cruz todo lo que suele recibir el nombre de vida, la "manía del éxito". Y a través de esa señal, necia para el griego y escandalosa para el judío (1 Co 1, 23), ha desenmascarado el equívoco que ciega a la humanidad: la confianza en la propia fuerza, y no en la fuerza de Dios (Dt 8, 17-18). Porque sólo Dios pone un camino en nuestro desierto y senderos en nuestros páramos (Is 43, 19).

PISTAS PARA LAS REUNIONES

TEMA 05. DESIERTO

1) El desierto, precio de éxodo, experiencia bíblica ante las dificultades de la liberación, experiencia de todos los días (nn. 84, 85, 86). Poner en común alguna experiencia importante.

2) Tomar conciencia de que la experiencia del desierto (dolor, dificultad, soledad, persecución...) es el lugar de la tentación, donde queda al descubierto lo que hay en el corazón del hombre: si el hombre se fía realmente de Dios, si vive de su Palabra.

3) Comentar en grupo Dt 8, 2-3. ¿Qué significa para ti hoy?

4) Tomar conciencia de que la experiencia del desierto es también el lugar del encuentro del hombre con Dios. Dios está en medio de su pueblo cuando éste cruza el desierto. Dios le manda cada día el



Reflexiones Católicas.

maná, el alimento del desierto: cuida de que su pueblo no desfallezca.

5) Comentar en grupo Dt 8, 17-18. ¿Qué significa para ti hoy?

6) Comentar el n. 89, especialmente esta confesión de fe: Dios abre caminos donde no existen. O esta otra: Yahve provee (Gn 22, 1-14). La reacción de un pueblo que no se fía de Dios: los pecados del desierto, idolatría y fornicación, tentar a Dios, murmuración (1 Co 10, 6-10).

Comentar en grupo los nn. 91, 92, 93 y 94, dando entrada a la experiencia personal, social y eclesial.

7) Comentar en grupo el número 95: Cristo ha colgado en la cruz lo que suele recibir el nombre de vida. Puede servir esta pregunta: ¿a qué llamamos vida? En la respuesta podemos reencontrar la tentación original del hombre: ser como Dios, prescindiendo de Dios, decidir por propia cuenta lo que es bueno y lo que es malo (tentación de la serpiente, tema 24, número 37).

8) Tomar conciencia de que desierto y cruz son realidades equivalentes. Más aún, la cruz de Jesús es el mayor de todos los desiertos. Significado actual para nosotros de Lc 9, 23-24 y Jn 3, 14-15.

9) Comentar en grupo: Dios pone un camino en nuestro desierto y senderos en nuestros páramos (Is 43, 19). Experiencias concretas.

TEMA 5-1

OBJETIVO:

INICIACION EN LAS GRANDES EXPERIENCIAS BIBLICAS:
DESCUBRIR QUE LA EXPERIENCIA DE FE IMPLICA AFRONTAR LA
SITUACION DE
DESIERTO

PISTA PARA LA REUNION

* ¿Con qué frase te quedas?, ¿por qué?:

1 Acuérdate del camino andado.



Reflexiones Católicas.

- 2 Probar lo que había en tu corazón.
- 3 Te humilló, te hizo sentir el hambre.
- 4 Te dio de comer el maná.
- 5 No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.
- 6 No se gastó el vestido que llevabas ni se hincharon tus pies.
- 7 Yahvé, tu Dios, te corregía...

PLAN DE LA REUNION

- * Información: Personas, hechos, problemas...
- * Presentación del objetivo, plan y pista de la reunión (Dt 8, 2-6).
- * Comunicación de pequeño grupo: Pista adjunta.
- * Puesta en común: Lo más importante.
- * Oración, Salmo 94 compartido, canción.

TEMA 5-2

OBJETIVO:

INICIACION EN LAS GRANDES EXPERIENCIAS BIBLICAS:
DESCUBRIR LA EXPERIENCIA DEL DESIERTO EN LA VIDA DE CADA
DIA

PISTA PARA LA REUNION

- 1 El desierto, situación dura.
- 2 Lugar de la tentación.
- 3 Lugar del encuentro del hombre con Dios: Dios abre caminos donde no existen, maná...
- 4 Los pecados del desierto: Idolatría y fornicación, tentar a Dios, murmuración, rebeldía frente a Dios.
- 5 Confiar en Dios.

PLAN DE LA REUNION

- * Información: Personas, hechos, problemas...
- * Presentación del objetivo, plan y pista de la reunión (resumen tema 5).
- * Comunicación de pequeño grupo: ¿Qué aspectos de la experiencia de desierto tienen que ver con tu propia experiencia?
- * Grupo grande: Jn 3, 11-21 (silencio, comentario, canto final).

3.-EL MIÉRCOLES DE CENIZA



Reflexiones Católicas.

-CAMBIA EL AMBIENTE: EMPIEZA EL CAMINO CUARESIMAL DE LA PASCUA Todo debe apuntar hoy al inicio de la Cuaresma como camino hacia la Pascua. Los varios elementos clásicos en esta ambientación -que trataremos de nuevo el domingo próximo- deben estar ya presentes desde hoy: el color morado, la ausencia de las flores y del aleluya, el repertorio propio de cantos...

Al comienzo de la celebración se omite el acto penitencial: se reza o canta, por tanto, el Señor ten piedad, sin intenciones.

Y cosas que si siempre son importantes, lo son más todavía cuando se inicia un tiempo con significado más intenso: proclamar de un modo más expresivo y cuidado las lecturas del día, cantar el salmo responsorial, al menos su antífona entre las varias estrofas, y hacer una breve homilía, ayudando a entrar en el clima de la Cuaresma. La Plegaria puede ser una de las de Reconciliación.

-LA CENIZA, UN GESTO QUE PUEDE SER EXPRESIVO

El gesto simbólico propio de este día es uno de los que ha calado en la comunidad cristiana, y puede resultar muy pedagógico si se hace con autenticidad, sin precipitación; con sobriedad, pero expresivamente. Como ya ha resonado y se ha comentado la Palabra de Dios, la imposición de la ceniza comunica con facilidad su mensaje de humildad y de conversión.

El sacerdote se impone primero él mismo la ceniza en la cabeza -o se la impone el diácono u otro concelebrante, si lo hay- porque también él, hombre débil, necesita convertirse a la Pascua del Señor. Luego la impone sobre la cabeza de los fieles, tal vez en forma de una pequeña señal de la cruz. Si parece más fácil, se podría imponer en la frente, por ejemplo a las religiosas con velo. Es bueno que vaya diciendo en voz clara las dos fórmulas alternativamente, de modo que cada fiel oiga la que se le dice a él y también la del anterior o la del siguiente.

Si no va a resultar complicado, se podría introducir una manera nueva de realizar el gesto.

Una fórmula apunta a la conversión al Evangelio: «Convertíos y creed el Evangelio» (que parecería más propio que se dijera en singular, como la otra es más interpelante). Mientras que la otra alude a nuestra caducidad humana: «Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás». Ahora bien, parece que sería más educador acompañar estas palabras con dos gestos complementarios: el



Reflexiones Católicas.

sacerdote impone la ceniza a cada fiel, diciendo la fórmula de la ceniza y el polvo, y a continuación el fiel pasa a otro ministro que está al lado y que le ofrece el evangelio a besar, mientras pronuncia sobre él la fórmula que habla del evangelio. No creo que complique mucho el rito, y podría resultar más expresivo de la doble dimensión de la Cuaresma. Ya se ha experimentado con éxito en algunas comunidades, tanto parroquiales como más homogéneas y reducidas.

-LA CONVERSIÓN Y SUS OBRAS

Las tres lecturas de hoy expresan con claridad el programa de conversión que Dios quiere de nosotros en la Cuaresma: convertíos y creed el Evangelio; convertíos a mí de todo corazón; misericordia, Señor, porque hemos pecado; dejaos reconciliar con Dios; Dios es compasivo y misericordioso...

Cada uno de nosotros, y la comunidad, y la sociedad entera, necesita oír esta llamada urgente al cambio pascual, porque todos somos débiles y pecadores, y porque sin darnos cuenta vamos siendo vencidos por la dejadez y los criterios de este mundo, que no son precisamente los de Cristo.

Es bueno que en la homilía se haga notar la triple dirección de esta conversión que apunta el evangelio:

a) la apertura a los demás: con la obra clásica cuaresmal de la limosna, que es ante todo caridad, comprensión, amabilidad, perdón, aunque también limosna a los más necesitados de cerca o de lejos,

b) la apertura a Dios, que es escucha de la Palabra, oración personal y familiar, participación más activa y frecuente en la Eucaristía y el sacramento de la Reconciliación,

c) y el ayuno, que es autocontrol, búsqueda de un equilibrio en nuestra escala de valores, renuncia a cosas superfluas, sobre todo si su fruto redundará en ayuda a los más necesitados.

Las tres direcciones, que son como el resumen de la vida y la enseñanza de Cristo, nos ayudan a reorientar nuestra vida en clave pascual.

-INICIO DE LA MILICIA CRISTIANA



Reflexiones Católicas.

Cada año la Cuaresma debe ser como un toque de trompeta, la convocación de la comunidad cristiana (cf. Joel en la primera lectura), para que los que se sienten seguidores de Jesús y miembros vivos de la Iglesia emprendan un camino serio de conversión y renovación para celebrar la Pascua anual. Cada parroquia, cada comunidad ha de tener eso muy claro hoy. Decimos: ¡Adelante, emprendamos con ilusión, con pasión, el camino de los cuarenta días que son esfuerzo y lucha, milicia, para hacer, junto con Cristo y con su gracia renovadora, el paso, la Pascua, del hombre viejo al hombre nuevo! Desde el principio debemos dejar claro qué es la Cuaresma: no es una simple devoción, ni sólo unos días de mortificación, ni mucho menos un tiempo de "tristeza" y aflicción aunque sea por la meditación de la Pasión de Jesús. Cuaresma es un programa, un camino, un esfuerzo y milicia para revisar y renovar nuestro ser cristianos, que consiste radicalmente en vivir la vida de Cristo ya desde ahora, mientras somos peregrinos y testimonios del Reino de Dios.

-CUARESMA BAUTISMAL Y PENITENCIAL

Por tradición sacramental, la Cuaresma es preparación inmediata de los catecúmenos a la iniciación cristiana en la Vigilia pascual y de los penitentes a la reconciliación, que les era concedida inmediatamente antes de la celebración de la Pascua. Esta doble línea debe ser mantenida y propuesta a los creyentes que de verdad quieren entrar en la preparación de la Pascua. Ésta nunca ha de ser considerada como un simple "aniversario" de la Pascua de Jesús, como un recuerdo, una fiesta conmemorativa. La liturgia siempre es actualización, vivencia, mediante los sacramentos que nos injertan en Cristo y nos renuevan esta inserción recibida en la iniciación: bautismo, confirmación y primera eucaristía; el sacramento de la penitencia, como segundo bautismo, nos restituye o renueva y perfecciona nuestro ser Cuerpo de Cristo, estropeado a menudo por el desgaste del pecado.

Si una parroquia o comunidad tiene catecúmenos que han de recibir la iniciación cristiana en las próximas fiestas pascuales, durante la Cuaresma debe acompañarlos, renovando ella misma los pasos del catecumenado: la profundización en la fe y en la conversión por la audición de la Palabra de Dios, por la plegaria, por la revisión de sus actitudes y comportamientos en el mundo.

Pero toda comunidad cristiana, en Cuaresma, es invitada a prepararse a renovar su iniciación (en la Vigilia pascual) y a seguir



Reflexiones Católicas.

un camino de conversión para "hacer penitencia" de verdad, es decir, para convertirse de corazón a Dios y a los hermanos. Por eso hoy, y también el domingo próximo, hay que proponer a los fieles el objetivo de la renovación de las promesas bautismales de la Vigilia pascual, que debe ir precedida por un esfuerzo de clarificar qué es ser cristiano hoy en la doble vertiente de la renuncia (conversión) y de la fe, y también por una "programación penitencial", en la que no debe faltar la oferta de la reconciliación personal y la celebración comunitaria penitencial (forma segunda del Ritual), acompañada por otras actividades que demuestren que la comunidad vive la penitencia como conversión.

Se tendría que inculcar a los fieles que ésta sería la mejor respuesta a la pregunta: "¿Cómo forjamos la Cuaresma este año?". Pues profundizando y renovando nuestro ser cristiano (nuestra iniciación) mediante las prácticas que comunitaria y personalmente creamos más adaptadas a este objetivo. Cuaresma catecumenal-bautismal y penitencial, al fin y al cabo.

- LA CENIZA: SIGNO DE CONVERSIÓN Y DE CADUCIDAD

Hoy el signo identificador del inicio de la Cuaresma es la ceniza. En la imposición tenemos dos fórmulas, igualmente tradicionales: "Convertíos y creed el Evangelio", o "Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás". El sentido de la conversión penitencial, ya explicado, y el de la caducidad son igualmente "predicables" al hombre de hoy. Solemos utilizar normalmente la primera, aunque la segunda también es actual: en esta vida breve, hay que ir consumiendo el hombre viejo para alcanzar el fuego y la luz del hombre nuevo, resucitado, en la Pascua.

La bendición e imposición de la ceniza ha de hacerse con dignidad, mostrando el sentido de un rito que abre la Cuaresma, tiempo favorable y día de salvación (cf. 2. lectura), de un rito que responde a una actitud interior filial ante el Padre, que no tiene nada que ver con una obsesión o tristeza o con una práctica rutinaria y puramente exterior (evangelio). Por eso la ceniza no ha de imponerse sin unas palabras (homilía) que clarifiquen y ayuden a discernir, nunca fuera de una celebración.

Hay que tener presente que este rito sustituye el acto penitencial del principio de la misa. Se podrá optar hoy por celebrar la eucaristía o simplemente por ofrecer una celebración de la Palabra de Dios con el rito de la ceniza; depende de las circunstancias y de



la sensibilidad de los fieles. En la eucaristía hay que subrayar que "este sacrificio que inaugura la Cuaresma" (ofrendas), es preparación para la celebración de la Pasión del Señor.

4.-El rito de la de la Ceniza

EL carnaval es un tiempo de regocijo y de inconformismo que surgió en la Edad Media para cristianizar los licenciosos "lupercales" romanos. Durante unos días, año tras año, se permitían toda clase de bromas, imitaciones y críticas, antes de comenzar la cuaresma mediante la imposición de la ceniza, uno de los ritos religiosos más arraigados en nuestro pueblo. Durante los carnavales brillan las caretas y los disfraces, que ocultan gozosa y momentáneamente la dureza de la vida. Al recobrar el miércoles de ceniza los vestidos ordinarios, la cara descubierta y la frente alzada, se vuelve a mostrar lo que de verdad es el ser humano.

El claroscuro de la ceniza

La ceniza -que etimológicamente significa polvo- es residuo purificado de una combustión, lo que queda al extinguirse el fuego. Ampliamente usada en las religiones antiguas, se asocia a la culpa y a la caducidad, al luto y a la penitencia. Simboliza la amenaza constante que tiene el ser humano de retornar a la tierra. Para los griegos, egipcios, árabes y tribus primitivas, esparcir ceniza en la cabeza era un gesto de luto y de humildad. Los yoguis hindúes cubren su cuerpo de ceniza para expresar su renuncia al mundo. En las culturas antiguas, la ceniza es símbolo de muerte y de remordimiento.

Al mismo tiempo la ceniza es un "resto", es decir, algo que parece un final y en realidad es un comienzo, dados los rescoldos que la acompañan. Según la mitología primitiva, de la ceniza se alza el ave fénix a una nueva vida. Es señal de nacimiento y de resurrección.

En la tradición bíblica, la ceniza significa lo mismo que el polvo, a saber, pecado y fragilidad, ya que mancha, es perecedera y no tiene valor. Al mismo tiempo recuerda la pequeñez de la criatura frente a Dios. Se relaciona, de un lado, con el polvo; de otro, con el fuego y la llama. Es, pues, signo de aflicción, penitencia, calor y esperanza. Cenizas son asimismo los restos últimos del



Reflexiones Católicas.

cuerpo humano incinerado que se guardan en una urna, se entierran en un cementerio o en un jardín junto a un árbol, se esparcen sobre las olas del mar o se lanzan a los cuatro vientos. En todo caso siempre se respetan o se honran. Son "restos mortales" sagrados.

"Dios formó al hombre del polvo de la tierra" -dice el Génesis mediante una parábola grandiosa-, y gracias al soplo divino se convirtió en un ser viviente. Hasta la reforma litúrgica del Vaticano II decía el sacerdote al penitente en la imposición de la ceniza: "Acuérdate de que eres polvo y en polvo te convertirás" (Gén 3, 19). Después del Concilio se privilegian la conversión y la renovación cuaresmal, con esta fórmula: "Conviértete y cree en el evangelio" (Mc 1, 15).

Recibida en la cabeza como duelo y penitencia es, pues, imagen de la fugacidad de la vida, reconocimiento público de la condición pecadora del ser humano y exhortación a la conversión. Los primitivos penitentes se ponían ceniza en sus cabezas para indicar públicamente que eran pecadores. La ceniza mancha, aunque es más liviana y menos pegajosa que el barro y el limo. Es símbolo de muerte e inicio de nueva vida. Dios saca vida de las cenizas y de la tierra.

Los cristianos introdujeron en sus ritos penitenciales el gesto de la ceniza. En los s. IV y V la recibían en sus cabezas los "penitentes públicos", aquellos que habían roto con la comunión eclesial por ser culpables de pecados graves, como el homicidio, la idolatría y el adulterio. Desde el s. VI, el rito de la ceniza del miércoles anterior al primer domingo de la cuaresma inaugura este tiempo de conversión. En el s. XI el papa Urbano II extendió su uso a todos los fieles del mundo.

La ceniza, que en principio es polvo o signo de lo transitorio, se convierte en comienzo de trascendencia. La cuaresma empieza para los cristianos con la ceniza de la conversión y acaba con la luz pascual renovadora. Este año celebramos el rito de la ceniza en un clima preocupante de preparativos militares, esperanzadoras movilizaciones y mensajes en favor de la paz, rechazo a la guerra, al terrorismo y a la violencia de género. Juan Pablo II ha pedido a los gobernantes que "hagan todos los esfuerzos por evitar nuevas desuniones en el mundo", tarea que nos incumbe a todos. "Toda guerra -afirma el Papa- es siempre un desastre para la humanidad".



Condición terrena

El número cuarenta, del que procede la palabra cuaresma, significa en algunas religiones un periodo de retiro para favorecer la experiencia de Dios y la comunión con los hermanos. En la Biblia es retiro en el desierto como tiempo de prueba y de tentaciones, en el que los deseos oscuros de acaparar riquezas y poderes deben perecer, para dar lugar a una criatura renovada, transfigurada por la luz de la razón y la gloria de Dios. En las cuarentenas bíblicas hay una lucha entre hambre y saciedad, riquezas y generosidad, poder y servicio, cenizas y purificaciones, tinieblas y luz, guerra y paz, ídolos de muerte y Dios de vida. El creyente pone a prueba la llamada de Dios o su vocación de cara a un compromiso de renovación en la paz, solidaridad y justicia. Recuerda al mismo tiempo la condición terrena del hombre pecador, asediado por mil preocupaciones y tentaciones.

El carnaval y la ceniza reflejan respectivamente la exaltación de lo lúdico y la pesadumbre del sufrimiento, ingredientes que componen la vida popular, por no decir la vida a secas. Cuando se apagan los carnavales, empieza la cuaresma con el "miércoles de ceniza".

EL SENTIDO DE LA CUARESMA

1. Cuando se plantea la cuestión de qué significa la cuaresma para la gente, si es que significa algo, suele aparecer la observancia (generalmente ligera) de algunas prácticas, como el ayuno, la abstinencia y la ceniza. Frecuentemente, no se le ve el sentido. Sin embargo, más antes que ahora, el asunto crea problemas de conciencia. Tales situaciones hacen actual la pregunta de Jesús: ¿También vosotros estáis sin entender? (Mc 7,18).

2. De suyo, el ayuno consiste en privarse de todo alimento y de toda bebida durante uno o varios días. Por tanto, lo que nos encontramos son ayunos menores, mitigados por frugales colaciones, de las que se dice que no rompen el ayuno. Así, en la interpretación oficial, el ayuno supone hacer una sola comida al día, pero se puede hacer un sencillo desayuno y otra sencilla comida, además de la principal. La abstinencia se refiere a no



Reflexiones Católicas.

comer carne, u otro alimento determinado por la conferencia episcopal (CDC, c. 1251).

3. En las grandes religiones (por diversos motivos: ascesis, purificación, luto, oración, limosna) el ayuno ocupa un puesto importante. En el Islam es el medio por excelencia de experimentar la trascendencia divina. En el judaísmo se observa un gran ayuno el día de la expiación (Hch 27,9). Su práctica es condición de pertenencia al pueblo de Dios (Lv 23,29). Se ayuna para que Dios lo vea (Is 58,3-5). Los judíos piadosos lo hacen por devoción personal (Lc 2,37); algunos, dos veces por semana (18, 12). Hay quienes ayunan para ser vistos por los hombres (Mt 6,16-18). En los Hechos de los Apóstoles se mencionan celebraciones acompañadas de ayuno y oración (Hch 13,2-3;14,23).

4. El Catecismo de la Iglesia Católica (1992) recuerda el mandamiento de "ayunar y abstenerse de comer carne cuando lo manda la Santa Madre Iglesia": "asegura los tiempos de ascesis y de penitencia que nos preparan para las fiestas litúrgicas; contribuyen a hacernos adquirir el dominio sobre nuestros instintos y la libertad del corazón" (n. 2043). ¿Y cuándo lo manda la Iglesia? En general, "son días y tiempos penitenciales todos los viernes del año y el tiempo de cuaresma" (CDC, c. 1250). Son días de abstinencia todos los viernes del año, a no ser que coincidan con una solemnidad. Son días de abstinencia y ayuno el miércoles de ceniza y el viernes santo (c. 1251).). "La ley de la abstinencia obliga a quienes han cumplido catorce años; la del ayuno, a todos los mayores de edad, hasta que hayan cumplido cincuenta y nueve" (c. 1252). No obstante, "la conferencia episcopal puede determinar con más detalle el modo de observar el ayuno y la abstinencia, así como sustituirlos en todo o en parte por otras formas de penitencia, sobre todo por obras de caridad y prácticas de piedad" (c. 1253).

5. ¿Cuál es la posición de Jesús? Los evangelios dicen que Jesús ayunó en el desierto, antes de comenzar su misión (Mt 4,2). Como Moisés (Ex 24,18) y como Elías (1 R 19,8), pasa cuarenta días, buscando la voluntad de Dios. Sin embargo, como práctica piadosa, Jesús no parece dar al ayuno demasiada importancia. En cierta ocasión, los fariseos y los letrados le dijeron: ¿Por qué mientras los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan, tus discípulos no ayunan? Jesús les contestó: ¿Pueden acaso ayunar los invitados a la boda mientras el novio está con



Reflexiones Católicas.

ellos? Días vendrán en que les será arrebatado el novio; entonces ayunarán. Y añadió: Nadie cose un remiendo de paño sin tundir en un vestido viejo, pues de otro modo, lo añadido tira de él, el paño nuevo del viejo, y se produce un desgarrón peor. Nadie echa tampoco vino nuevo en pellejos viejos; de otro modo, el vino reventaría los pellejos y se echaría a perder tanto el vino como los pellejos: sino que el vino nuevo en pellejos nuevos (Mc 2,18-22). La práctica de la ceniza no aparece recomendada en el Evangelio. Al contrario: Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara (Mt 6,18).

6. En otra ocasión, los fariseos y escribas le preguntan: ¿Por qué tus discípulos no viven conforme a la tradición de los antepasados, sino que comen sin lavarse las manos? Les dice Jesús: Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, según está escrito: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto, ya que enseñan doctrinas que son preceptos de hombres. Dejando de lado el precepto de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres. Llamó otra vez a la gente y les dijo: Oídmelos todos y entended. Nada hay fuera del hombre que, entrando en él, pueda contaminarle; sino que lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre.

7. Ya en casa, sus discípulos le preguntan sobre la parábola. El les dice: ¿También vosotros estáis sin entender? ¿No comprendéis que todo lo que de fuera entra en el hombre no puede contaminarle, pues no entra en su corazón, sino en el vientre y va a parar al excusado? -así declaraba puros todos los alimentos-. Y decía: Lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas: fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, maldades, fraude, libertinaje, envidia, injuria, insolencia, insensatez. Todas estas perversidades salen de dentro y contaminan al hombre (Mc 7,5-23). ¿Entendido?

8. Así pues, lo que importa es la conversión. Se lee el primer viernes de cuaresma: Grita a plena voz, sin cesar, alza la voz como una trompeta, denuncia a mi pueblo sus delitos, a la casa de Jacob sus pecados... El ayuno que yo quiero es éste, dice el Señor: Abrir las prisiones injustas..., dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos, partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo, y no cerrarte a tu propia carne (Is 58, 6-7).



Reflexiones Católicas.

9. La cuaresma es tiempo de conversión. Según los casos, será inicial, fundamental o permanente. En los primeros siglos se distingue entre primera conversión (proceso bautismal) y segunda conversión (proceso penitencial). El Concilio Vaticano II invita a recuperar el doble carácter (bautismal y penitencial) del tiempo cuaresmal y a usar "con mayor abundancia los elementos bautismales propios de la liturgia cuaresmal" (restaurando, según las circunstancias, "ciertos elementos de la tradición anterior"), "dígase lo mismo de los elementos penitenciales".

10. Desde el final del siglo IV, la estructura de la cuaresma es la de los cuarenta días. En ella se situaba la etapa final del catecumenado, de purificación o iluminación, que servía de preparación próxima al bautismo. Era tiempo de discernimiento (escrutinios), de superación de resistencias (exorcismos), de catequesis (entregas del Credo y del Padre Nuestro). Todo ello se realizaba en contexto comunitario, a la escucha de la Palabra y en ambiente de oración. Desde el siglo VI, al menos a gran escala, desaparece el catecumenado, el marco en el que se situaba la cuaresma y en el que puede volver a situarse. En cualquier caso, la cuaresma es tiempo de conversión, centrado en el misterio pascual de Cristo. En la liturgia dominical encontramos: una cuaresma bautismal (ciclo A), una cuaresma centrada en Cristo (ciclo B) y una cuaresma penitencial .

Para la reflexión personal y de grupo:

¿De qué hay que ayunar?

La cuaresma recupera su marco

recupera elementos bautismales

recupera elementos penitenciales

5.- «EN EL CREEMOS. A EL OS ANUNCIAMOS»

(cfr. 2 Co 4, 13)

Índice:

1. El sentido del tiempo
2. El ritmo y los cambios de los tiempos en el año litúrgico
3. Una oportunidad para encontrarnos con la verdad de nuestra propia



Reflexiones Católicas.

existencia

4. Anuncio y signo de salvación
 5. Dos maneras de vivir
 6. El mensaje luminoso de la Cuaresma
 7. Prácticas cuaresmales
 - a) Tiempo de orar
 - b) Tiempo de ayuno y de libertad
 - c) tiempo de caridad y amor fraterno
 - d) Tiempo de arrepentimiento y penitencia
- Conclusión

«EN EL CREEMOS. A EL OS ANUNCIAMOS» (cfr. 2 Co 4, 13)

Desde hace ya muchos años tenemos la costumbre de dirigirnos una Carta Pastoral conjunta, al principio de la Cuaresma, a los católicos de nuestras Iglesias y a los hombres y mujeres que quieran escuchar nuestras palabras y tener en cuenta nuestras orientaciones para vivir.

Este año nuestro escrito no es una Carta monográfica, sino una sencilla exhortación pastoral con la que deseamos ayudaros a comprender y vivir la llamada de la Cuaresma en las circunstancias reales de vuestras vidas, tanto en la Iglesia como en la sociedad. Nuestra invitación quiere ser tan universal como la misma invitación del Dios que nos llama a todos a vivir en plenitud el don de la vida de El recibida. Independientemente de que lo sepamos o no, de que escuchemos su palabra o vivamos perdidos entre las ocupaciones de nuestro mundo, sordos a la voz interior de nuestra conciencia, lo cierto es que nuestra vida ni se entiende ni tiene sentido al margen de Dios.

1. El sentido del tiempo

Algunos de vosotros podéis preguntaros qué sentido tiene hoy hablar de la Cuaresma, cuando vivimos sometidos a un calendario riguroso y rutinario a la vez, que no nos permite apenas distinguir unos tiempos de otros. Para muchas personas el discurrir del tiempo es siempre uniforme. Se diferencian solamente los días laborables y festivos, en la alternancia menor de cada semana o en los períodos más amplios de los tiempos de trabajo y los tiempos de descanso o de vacaciones.

Todo ello se expresa y se vive con frecuencia en términos seculares, poco o nada religiosos. Se alterna el trabajo con el descanso y las



Reflexiones Católicas.

diversiones, sin ninguna referencia explícita a Dios o a la vida religiosa personal, como si la vida humana no tuviera más horizonte ni otros contenidos que los que se perciben y viven en el nivel material de la realidad inmediata.

No es nuestra intención la de sacralizar exteriormente, de manera convencional y ficticia, el tiempo y los ritmos seculares de nuestra vida. Queremos más bien ayudaros a descubrir el profundo sentido humano que tiene la variedad del correr del tiempo, sin excluir los tiempos de carácter religioso.

Somos conscientes de que nuestra palabra no será acogida por todos de la misma manera. Aun así queremos dirigirnos a todos. Nuestra palabra quiere ser una palabra abierta y fraternal, ofrecida a todos; a los que participáis asiduamente en las celebraciones y en la vida de las comunidades cristianas; dicha también a los que, siendo cristianos, vivís alejados de las prácticas religiosas litúrgicas, de las prácticas personales e incluso de cualquier afirmación y expresión de fe o de vida cristiana, interna o social. Querríamos deciros algo creíble y provechoso incluso a quienes, hombres o mujeres, no os consideráis religiosos, pero que en el interior de vuestro corazón deseáis ser fieles a la verdad tal como la comprendéis, de acuerdo con la voz de vuestra conciencia sinceramente escuchada y aceptada. Estamos seguros de que el Espíritu de Dios no está lejos de cuanto es reflejo de una honesta rectitud personal moral y de un sincero deseo de justicia. «Dios no está lejos de los que buscan entre sombras e imágenes al Dios desconocido» (Concilio Vaticano II, Constitución Lumen gentium, sobre la Iglesia n. 16). El Espíritu de Dios está presente y actúa en los corazones de todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Por esto tenemos la esperanza de que nuestras reflexiones puedan ser útiles a cuantos queréis vivir en la verdad y en la justicia. Quisiéramos acertar a hablaros bajo la inspiración del Espíritu de Dios que nos envuelve a todos y nos guía hacia la plenitud de la verdad, la justicia y la vida.

2. El ritmo y los cambios de los tiempos en el año litúrgico

No todos los días del año son iguales. En el desarrollo normal de nuestra vida celebramos acontecimientos, fiestas, conmemoraciones. En todas partes respetamos, de una u otra manera, la diferenciación básica entre días de trabajo y días de descanso. Aunque el contenido, la significación y la manera de vivir esos tiempos diferentes sea profundamente diversa.



Reflexiones Católicas.

Como seres históricos, metidos en la historia y en el mundo, protagonistas de nuestra propia vida personal, familiar y social, celebramos de manera singular los momentos más importantes de la vida, el nacimiento y la muerte, la salud y la enfermedad, el encuentro y el alejamiento, el gozo y la tristeza en las diferentes circunstancias de la vida. Parece como si no pudiéramos abarcar en un mismo momento los muchos y ricos aspectos, las mil situaciones posibles de nuestra vida. Sentimos la necesidad de celebrarla y vivirla por tramos, distribuyéndola en perspectivas y aspectos diferentes. Hacemos suceder unas celebraciones a otras, para no perder la diversidad de las riquezas y variaciones que encierra la vida humana, por más sencilla que la queramos imaginar. Algo así nos ocurre también cuando tratamos de recordar, exponer, celebrar y vivir, los diferentes hechos y contenidos de la salvación histórica que Dios nos ofrece en nuestro tiempo humano, por medio de su Hijo Jesucristo. Lo que él mismo ha vivido, nos ha revelado y nosotros conocemos y aceptamos por nuestra fe, apoyada en el testimonio de los Apóstoles y de la Iglesia, ha sucedido en el tiempo.

No podemos recordar ni celebrar ni abarcar a la vez en su totalidad, todos los acontecimientos de la vida de Jesús. No podemos tampoco atender simultáneamente a los contenidos, exigencias y promesas de la vida cristiana manifestados sucesivamente en el tiempo de Jesús. Por eso, muy de acuerdo con nuestra manera de ser y tal como hacemos en otros aspectos de la vida, distinguimos diversos tiempos religiosos, dedicando cada uno de ellos al recuerdo y a la consideración de hechos y contenidos distintos de la vida de Jesús, de la historia de la salvación y de nuestra propia vida cristiana.¹ Surgen así los tiempos de Navidad y de Pascua, de Adviento y Cuaresma, tiempos de gozo y de penitencia, de oración y de acción, de recogimiento y de júbilo.

A partir del «Triduo Pascual» nace el tiempo nuevo de la Resurrección que llena todo el año litúrgico con su resplandor. El año litúrgico es así el desarrollo de los diversos aspectos del misterio pascual.² Esta es la sabiduría, el fundamento antropológico y la gran fuerza pedagógica del año litúrgico. Como una sabia imitación de la sucesión natural de los tiempos, los hechos de la vida de Cristo y de nuestra salvación nos vienen propuestos sucesivamente. Podemos así detenernos en todos ellos y conceder a cada uno la atención que merece y nuestra vida necesita.

3. Una oportunidad para encontrarnos con la verdad de nuestra propia existencia



Reflexiones Católicas.

Los cristianos entendemos la Cuaresma como el tiempo dedicado a prepararnos para vivir intensamente el recuerdo de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos. No para recordar un hecho puramente pasado y ya lejano, sino un acontecimiento actual y presente, que configura nuestra vida y afecta substancialmente a la manera de vivir en este mundo y de interpretar y realizar la verdad de nuestra vida entera. En la liturgia de la Iglesia suena constantemente la palabra «hoy». El Espíritu Santo actualiza en la Iglesia los misterios de la vida de Cristo y el poder de sus acciones salvíficas. En los diferentes tiempos litúrgicos podemos acercarnos de verdad a los diferentes momentos de la vida de Cristo en los cuales está el camino y la fuerza de nuestra salvación.³

A primera vista, parece que muchas personas, hombres y mujeres, se interesan poco por estas perspectivas reales de nuestra vida. La cultura y las formas de vida actuales nos inclinan a considerarla como si estuviera hecha solamente de intereses inmediatos y a veces contrarios. Como si ella fuera simplemente el resultado de nuestras propias acciones, decisiones y fuerzas.

Las experiencias negativas y los desencuentros ante esperanzas fallidas nos han hecho desconfiados frente a las grandes promesas. La inseguridad ante un futuro que no depende directamente de nosotros, nos hace valorar casi exclusivamente lo inmediato, lo que está ahora mismo a nuestro alcance. Buscamos la pequeña felicidad que es posible en un momento determinado y vemos en ella lo único que puede justificar las largas horas de trabajo o de esfuerzo.

La vida, por sí misma, es compleja y oscura. Algunos, por gracia de Dios, aceptamos la revelación de Dios y las promesas de la fe como una luz amiga que ilumina lo que no podríamos aclarar por nosotros mismos y nos ayuda así a caminar con esperanza y fortaleza. De esta manera aceptamos el ofrecimiento gratuito y misericordioso de los dones que Dios nos hace, a la vez que respondemos al dinamismo natural de nuestra mente y nuestro corazón.

Otros, en cambio, pretenden aclarar los misterios de la vida con la única luz de la razón, con lo que se oye aquí y allá, confiando en las admirables afirmaciones de la ciencia. No faltan quienes buscan la claridad y seguridad de su vida en ciertas prácticas semimágicas o supersticiosas, carentes de todo fundamento razonable.

Muchas de estas personas se ven reducidas a vivir en una duda permanente que no les permite afrontar su propia vida con esperanza



Reflexiones Católicas.

ni ejercer su libertad con decisiones definitivas y coherentes. Su buena voluntad y sus buenos deseos quedan cautivos y retenidos entre la ambigüedad y la inconsistencia de lo inmediato de la experiencia. Esta cautividad es frecuentemente consecuencia de la falta de confianza en el Dios que se nos manifiesta en Jesucristo, en la historia de la salvación y en las numerosas indicaciones que encontramos en la creación y en los hechos de vida y de salvación que nunca faltan en nuestra historia personal y colectiva.⁴

Hay personas que viven alejadas de la Iglesia como consecuencia de posibles diferencias, reales o aparentes, entre las opiniones personales y las enseñanzas o decisiones de la Iglesia. Sin embargo, muchas de esas personas conservan su fe en Dios y en Jesucristo, y querrían llevar una vida conforme con su Evangelio, al que reconocen un valor supremo como ideal humano y norma de vida. Algunas experiencias negativas o ciertas ideas deformadas y caricaturescas del verdadero Dios pueden impedir a algunos la explícita afirmación de su fe y de la práctica religiosa.⁵ Pero la honestidad en la búsqueda del sentido de la vida, la limpieza del corazón y la experiencia de la propia existencia como don insondable e inabarcable, tarde o temprano abren el corazón de los justos al reconocimiento de la existencia y de la salvación de Dios.

Por mucho que el contexto cultural oculte o trivialice la significación y la necesidad de Dios para nosotros, las más hondas y graves cuestiones existenciales renuevan constantemente en el corazón de los hombres y mujeres honestos la pregunta sobre Dios. Pueden también hacer brotar la invocación del Dios no del todo aceptado pero tampoco enteramente desconocido o rechazado. Estamos convencidos de que también las personas que tenéis dificultades para creer, o para aceptar enteramente, en un momento determinado de vuestra vida, las afirmaciones de la fe, podéis encontrar en la Cuaresma una ocasión privilegiada para vivir la propia humanidad con una actitud más honesta y leal con vosotros mismos y, en última instancia, con Dios.

Si vivís según vuestra recta conciencia, si sois fieles a la verdad que veis y recibís en cada momento de vuestras vidas, acabaréis descubriendo la presencia del amor de Dios que os llama a la vida, a la justicia y a la esperanza desde el fondo de vuestro corazón y desde lo más auténtico y más valioso de vuestras experiencias de vida. Por ello mismo, la libertad de conciencia y el respeto debido a la propia opción de cada uno en materia religiosa no están reñidos con el reconocimiento de la obligación moral que todos tenemos de seguir el



Reflexiones Católicas.

dictado de la conciencia. Por el contrario, es esa misma libertad la que ha de movernos a buscar honestamente la verdad de la propia vida, sin excluir por principio la posibilidad del encuentro con el Dios vivo, Creador y Salvador, manifestado en Jesucristo y conocido con la mediación de la Iglesia.⁶

Con todo, también hay, por desgracia, quienes por amor a los bienes de este mundo adorados como ídolos, rechazan al Dios verdadero y se adoran a sí mismos, hasta el punto de sacrificar el bien de los demás en favor de la propia exaltación y de una engañosa felicidad imposible. «La cólera de Dios se revela desde el cielo contra la piedad o injusticia de los hombres que aprisionan la verdad en la injusticia» (Carta a los Romanos, 1, 18). Las enseñanzas y las actuaciones de Jesús recogidas en sus evangelios, nos animan a confiar en la eficacia de la buena voluntad del hombre. Sus palabras son verdaderas y válidas para todos: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá.» Porque el Padre que está en los cielos es bueno con todos, se manifiesta a quien lo busca y quiere abrir a todos las puertas de su vida inmortal y gloriosa.⁷

Muchos hombres y mujeres que no creen claramente en El, lo invocan desde el sufrimiento material o espiritual, desde la enfermedad o la soledad, desde las dudas o los remordimientos, desde el servicio sincero o la generosa fidelidad al amor de otras personas.

A todos les invitamos a ver y a acoger en la Cuaresma un tiempo especialmente apto para ser fieles con uno mismo, ponerse de acuerdo con las exigencias de su recta conciencia y cumplir mejor las obligaciones que el buen sentido de su propia humanidad les haga percibir y descubrir. Estamos persuadidos de que detrás de sus buenos deseos anda la inspiración del Espíritu y la gran misericordia de Dios que es siempre y para todos fuente de vida y llamada a su plenitud en Cristo resucitado. Para los que lo saben y para los que lo esperan sin saberlo.

4. Anuncio y signo de salvación

La resurrección de Jesús es para los cristianos la gran intervención de Dios en favor de la humanidad y de la creación entera. Dios, que creó lo visible y lo invisible con gran sabiduría y amor, fue manifestando poco a poco, por medio del Pueblo elegido, su voluntad de salvación. Fue preparando las mentes y los corazones de los humanos para hacer posible el encuentro con su Hijo divino, nacido de la Virgen María, para que fuera el Salvador definitivo de la humanidad.



Reflexiones Católicas.

Abrahán, Moisés, David, los grandes profetas de Israel, la fe y la esperanza de muchos hombres y mujeres, hicieron posible esta historia de amor y confianza entre un Dios de misericordia y una humanidad de corazón endurecido, débil y pecadora que, a pesar de ello, iba renovando constantemente su fe en Dios y su esperanza en la salvación final.⁸ El testimonio de los Apóstoles y las tradiciones de las primeras comunidades cristianas, recogidas en los Evangelios y transmitidas por la Iglesia, nos dicen que Dios resucitó a su Hijo Jesucristo de entre los muertos, después de haber sido crucificado, muerto y sepultado.⁹

Esta resurrección de Jesús es la coronación de la obra creadora de Dios, la inauguración del estadio definitivo de la Humanidad, la gran puerta abierta para nuestros deseos de vida ilimitada, convertidos en esperanza firme de vida eterna, asociada a la vida eterna de Dios, de los ángeles y de los santos. «Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transformará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas» (Carta a los Filipenses, 3, 20-21).

Jesucristo resucitado es la manifestación definitiva de la Sabiduría y la Bondad de Dios con nosotros. La esperanza de vida y salvación para todos los creyentes. El principio universal de vida y felicidad capaz de saciar las aspiraciones más profundas que Dios mismo ha puesto en nuestros corazones. «En Él creemos y a Él os anunciamos.»

5. Dos maneras de vivir

Hay algo que nos sitúa de manera muy distinta ante la vida, a los hombres y mujeres de este mundo. Es nuestra postura ante el más allá. Para unos la vida termina definitivamente con la muerte. O, por lo menos, lo que pueda haber después de la muerte es tan inseguro e impreciso que no vale la pena tenerlo en cuenta a la hora de plantearnos y organizarnos nuestra vida.

Si se da por supuesto que todo termina con la muerte, no podemos tener otros objetivos posibles que los que se puedan alcanzar en este mundo. Esta manera de ver y entender la vida, encerrado en los estrechos límites de este mundo, reduce la atención de los hombres a las realidades y proyectos que pensamos se pueden alcanzar con nuestros propios medios.



Reflexiones Católicas.

Si no hay resurrección ni vida después de la muerte, ¿qué tiene Dios que ver con nosotros? Los hombres estamos solos en la burbuja cerrada de nuestro mundo y aquí hemos de hacernos la vida del mejor modo posible. Podremos optar por la convivencia en la solidaridad, aunque nos será muy difícil hallar razones definitivas y fuerza moral segura para hacerlo. Nuestra propia racionalidad nos conducirá a buscar la mayor felicidad posible con los bienes que estén a nuestro alcance, aun cuando ello sea a costa del sacrificio de los demás y de sus derechos humanos más fundamentales. Por el contrario, para los que creen en el Dios que resucitó a Jesucristo, esta vida es sólo la preparación para otra vida definitiva que Dios ha querido ofrecernos gratuitamente y que quedó inaugurada y abierta para todos con la resurrección del Señor Jesús. 11 Esta afirmación central de la fe cristiana tiene consecuencias fundamentales y definitivas a la hora de entender y proyectar nuestra vida en este mundo.

A cuantos Dios nos ha abierto a la esperanza de llegar a la vida eterna, por medio de la fe en Jesucristo, tal como la recibimos, la celebramos y la vivimos en la Iglesia, se nos ofrece otra manera de entender la vida y de vivir en este mundo.

Con la fe en el Dios que resucitó a Jesucristo, surge en nosotros el reconocimiento de su bondad y el descubrimiento del amor gratuito como forma suprema de vida y de humanidad: «Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros» (Carta a los Efesios, 5, 1-2). Adoramos así a un Dios de gracia y de misericordia que nos enseña y ayuda interiormente a ser también nosotros misericordiosos y generosos con los demás. Porque Dios nos perdona, aprendemos también nosotros el gozo del perdón, dado y sentido, como forma suprema del amor mutuo y de la vida. Nuestra libertad se despliega desde ahora en el amor y la esperanza de una vida sin límites que Dios tiene y que El nos ofrece en su misericordia. 13 El que espera la vida eterna y actúa en coherencia con esa esperanza, no es esclavo de los bienes de este mundo, el deseo y el amor de la felicidad se abren a la vida eterna, de manera que conseguimos la libertad para usar con sobriedad de las cosas de este mundo y renunciar a aquellas otras posibilidades que nos puedan apartar de la amistad con Dios o que nos impiden amar y servir a los demás con fidelidad y generosidad. Por medio de su muerte y su resurrección, Cristo nos liberó de todos los poderes de este mundo para que nos amemos y nos sirvamos unos a otros con el amor verdadero que el Espíritu de Dios infunde en nosotros.14



Reflexiones Católicas.

Por eso tiene sentido decir que en este tiempo de Cuaresma, incluso entre las oscuridades de la incredulidad o del agnosticismo, los hombres y mujeres de buena voluntad pueden invocar la ayuda interior del Misterio original, que es la fuente de la vida, para ser más fieles a la realidad tal como ellos la perciben y la aceptan, para ser más respetuosos con el bien de los demás, para aceptar la dignidad y el valor de las cosas de este mundo, no sólo en función del propio provecho, sino también para dignificar y enriquecer la vida de los demás.

De esta manera, aun sin creer con firmeza en la resurrección futura, es posible, al menos, descubrir la bondad y la belleza de una vida mejor para todos, por la que vale la pena luchar, en la que la dignidad y la felicidad de los demás sea tan querida y respetada como la nuestra. Ese es un futuro asequible al que todos podemos acercarnos y por el que todos podemos luchar con un esfuerzo sincero de rectitud y de docilidad a la llamada de nuestra conciencia. Es el anticipo y la imagen de una plenitud futura que los creyentes en el Resucitado sabemos que habremos de hallar realizada en Dios.

De este modo, la Cuaresma deja de ser un invento artificial y anacrónico. Se convierte, por el contrario, en una llamada profunda a vivir la vida de manera dinámica, con la libertad interior de buscar el enriquecimiento de la propia existencia en la aceptación de la verdad y en la búsqueda sincera del bien progresivamente conocido y realizado.

6. El mensaje luminoso de la Cuaresma

En la conmemoración de la resurrección de Jesucristo, la Iglesia celebra la gran fiesta de la salvación universal. Durante toda la noche los cristianos recuerdan los hechos de salvación con los que Dios anunciaba y preparaba la nueva creación inaugurada con la resurrección de Jesús. La noche de la Vigilia Pascual es la noche bautismal por excelencia, la noche de la reconciliación y de la convocatoria de todos los discípulos de Cristo para que renueven su fe y crezcan en buenas obras.

Celebrar la Pascua de la resurrección es mirar con el corazón abierto de par en par a la vida eterna esperada como la vida definitiva y verdadera. Es reconocer el amor inmenso de Dios que nos asocia a su vida espiritual y a su gloria eterna. Es sentirse mayor y más importante que todas las cosas de este mundo. Es recuperar la libertad para usar de todo lo que hay en el mundo con sabiduría, sin



Reflexiones Católicas.

ser esclavo de nada ni de nadie. Es recibir el don de ayudar a vivir a los demás en el gozo anticipado de la comunión universal. Podríamos ir acumulando otras dimensiones positivas de los bienes de la vida eterna. Pero la Iglesia en su mensaje de Cuaresma, para ser leal, quiere ser también realista. Si el horizonte final de nuestra vida, por la misericordia de Dios, es mucho mejor de lo que nosotros podemos imaginar, también es cierto que nuestra situación actual y real no coincide con las maravillas que Dios quiere ya desde ahora para nosotros y nos tiene prometidas, en su plena realización futura, desde la resurrección de Jesucristo.

Nuestra fe no carece de oscuridades. La adhesión de nuestro corazón a la palabra de Dios y a sus bienes eternos no es totalmente firme ni del todo coherente. Creemos en Dios y esperamos la vida eterna. Pero a la vez nos dejamos ganar por las cosas de este mundo. La experiencia cotidiana nos convence sobradamente de la fragilidad y las deficiencias de nuestra vida cristiana y sobrenatural. 16

La Cuaresma, precisamente porque es una invitación a creer en el Dios de la resurrección y a poner nuestro corazón en los bienes actuales y eternos de la salvación, es también una invitación sincera y realista a reconocer la debilidad de nuestra fe y de nuestra esperanza y las deficiencias morales de nuestra vida. Los falsos amores con los que a veces buscamos la salvación en los bienes efímeros de este mundo y el olvido o la tibieza con que dejamos de amar de forma efectiva y coherente, en la vida real, los bienes y las realidades de la vida futura de la resurrección, nos han de situar ante la urgencia de una purificación liberadora.

La Cuaresma tiene que ser un tiempo de examen y de enmienda, de arrepentimiento y conversión. Conversión de los desórdenes y pecados que nos someten y dominan, a los bienes de la vida y de la salvación definitivas, a la rectitud y a la justicia, a la misericordia y al perdón, a la gracia y a la esperanza del Dios de la salvación. Conversión, en definitiva, al Dios de Jesucristo, que es el Dios de la resurrección y de la vida eterna, bien supremo y apoyo firme de nuestra existencia, fundamento de nuestra esperanza y principio permanente de la purificación de nuestro corazón. Quizás en el momento actual de nuestras Iglesias no tenemos suficientemente en cuenta que la llamada a la conversión ocupa el centro de la predicación de Jesús y de los Apóstoles y ha sido siempre el centro de la experiencia interior de todos los santos y modelos de la vida cristiana.17



7. Prácticas cuaresmales

La Cuaresma es un tiempo santo por el recuerdo y la celebración de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Por eso, durante este tiempo los cristianos dedicamos especial atención a una serie de prácticas y actividades religiosas que nos ayudan a fortalecer nuestra fe y avivan en nosotros la esperanza de la salvación, inaugurada para todos con la resurrección de Jesucristo, cabeza y principio de la nueva humanidad. Esta esperanza se concreta en un modo nuevo de vivir ya en el Señor Jesús resucitado. Por ello, no es una evasión de la vida real y, mucho menos, una manera de ocultar las exigencias religiosas y éticas de esta vida. Quien espera en la vida eterna, fruto de nuestra incorporación a Cristo resucitado mediante el Bautismo, encuentra en esta esperanza un principio interior para encuadrar en una perspectiva suelta los acontecimientos de esta vida y asumirlos con un espíritu nuevo, que es el fruto de la presencia y la acción del Espíritu de Jesucristo y del mismo Dios en nuestros corazones.

La oración, el ayuno y la limosna han sido reconocidos tradicionalmente como las «obras de la religión» propias del tiempo cuaresmal. En ellas se despiertan las actitudes profundas de la vida cristiana y se ejercitan los mandamientos básicos del amor a Dios y al prójimo.

a) Tiempo de orar

Dentro de la tradición cristiana, la Cuaresma es un tiempo de oración. La oración cristiana es la relación viva de los hijos de Dios con su Padre infinitamente bueno, con su hermano Jesucristo y con el Espíritu Santo. Es acción de Dios y del hombre, fundidos en la confianza y el amor de una comunicación misteriosa. 18 Comunicación que adquiere también una dimensión humana entre los hermanos que hacen oración en común. Las obligaciones de la vida actual nos crean a veces dificultades para orar. Sin embargo, una voluntad sincera de vivir la Cuaresma como un tiempo de acercamiento a Dios, nos ayudará a encontrar tiempos y lugares aptos para la oración, aun en medio de las muchas obligaciones y agobios que a veces caen sobre nosotros.

Queremos recomendaros especialmente la participación durante este tiempo de Cuaresma, en la celebración de la Eucaristía en los domingos y fiestas, y también en los días laborables en que vuestras ocupaciones os lo permitan. La liturgia de este tiempo cuaresmal es especialmente sugerente y ofrece estímulo y ayuda para progresar en



Reflexiones Católicas.

nuestra renovación espiritual. Es conveniente que en todas las parroquias e iglesias se celebre la liturgia de estos días con un cuidado especial y se facilite a los fieles la mejor participación espiritual posible en las celebraciones, por medio de la adecuada homilía. Con un poco de buena voluntad podremos también encontrar unos minutos para leer cada día algún fragmento de la Sagrada Escritura, del Antiguo o del Nuevo Testamento, en conexión con las lecturas bíblicas de la Misa del día, como punto de partida para un tiempo de oración personal, en comunicación de fe y de amor con el Dios viviente de la salvación. Esta oración personal puede ser singularmente provechosa si se hace en familia. Orar juntos es una manera de acercar los corazones en la zona profunda de los afectos más hondos y de las convicciones más arraigadas. Estar juntos ante Dios es la mejor manera de ser transparentes y cercanos entre nosotros.

El ejercicio de la oración requiere esfuerzo y decisión, es un don de Dios y a la vez un logro del amor humilde, confiado y perseverante. Quienes lo intentan seriamente pueden comprobar que es siempre posible y que es además una necesidad vital sin la cual no puede prosperar una vida cristiana vigorosa y fecunda.

b) Tiempo de ayuno y de libertad

Una manera de avivar el reconocimiento práctico de los bienes espirituales es privarnos de algunas de las cosas materiales que consumimos habitualmente. El ayuno es una forma práctica, a la vez real y simbólica, de liberarnos de posibles servidumbres de los bienes de este mundo y de afirmar, en cambio, de forma efectiva la prioridad y la estima por los bienes espirituales que sostienen y enriquecen nuestra vida personal y moral.

Cuando ayunamos, no solamente nos privamos de algunos alimentos, sino que afirmamos además palpablemente la importancia que concedemos a la oración, a los bienes del Espíritu y al mismo Dios como verdaderos alimentos espirituales, fuente de vigor y fortaleza en nuestra vida cristiana.

Visto desde esta perspectiva, el ayuno y la abstinencia cuaresmales mandados por la Iglesia son mucho más que una mera exigencia legal. Son también la expresión de una manera de situarse ante la caducidad de los bienes temporales y del disfrute de los mismos, que nos ayuda a descubrir el sentido trascendente de la vida abierta a un «más allá», en el que esperamos encontrarnos con la plenitud de



Reflexiones Católicas.

Dios. Así entendida, la práctica cuaresmal del ayuno y de la abstinencia la podemos valorar como una invitación a la sobriedad, no sólo en la comida, sino en otras muchas actividades más o menos placenteras de nuestra vida habitual y en el consumo superfluo de bienes innecesarios.

El ayuno cuaresmal es un entrenamiento espiritual. Se trata de ejercitarnos en la libertad ante las cosas de este mundo, para concentrar nuestro espíritu en el recuerdo y el amor sincero de los bienes de la salvación y de la vida justa y solidaria con los necesitados. Esta interpretación significativa y simbólica del ayuno podemos extenderla a cosas tan importantes y tan al alcance de todos como la aceptación serena de las limitaciones nacidas de la enfermedad o de los achaques de la edad. Esta es también una manera humana de crecer en la comprensión de la verdad de nuestra vida y abrir cada vez más el corazón a la esperanza y el gozo de los bienes venideros. También la vejez, vivida en espíritu de adoración y penitencia, puede ser un instrumento de purificación y un verdadero camino de salvación y santificación.

c) Tiempo de caridad y amor fraterno

Creer espiritualmente se traduce en una progresiva liberación de nuestros egoísmos y una creciente apertura al amor de Dios y del prójimo. Quien se acerca a Dios aprende de El el amor y la misericordia. Quien de verdad ama al prójimo camina hacia el conocimiento y el amor de Dios.

Por eso mismo, la Cuaresma es un tiempo en el que se hace más fuerte la llamada a amar al prójimo. La oración, el ayuno, el dominio de nosotros mismos, nos tienen que llevar a descubrir con atenta solicitud las necesidades de los demás, a dedicar tiempo y esfuerzo para acercarnos y ayudar a los que padecen cualquier clase de indigencia. La Cuaresma es tiempo propicio para revisar nuestro comportamiento con los demás en las diferentes esferas de nuestras relaciones de familia, comunidad, trabajo, amistades, ciudadanía. Es tiempo de justicia y de misericordia.

Tiempo de justicia porque se trata ante todo de no lesionar los derechos de nadie, de respetar la dignidad y los derechos de toda persona, de dar a cada uno lo que es suyo o le corresponde, de aceptar y acoger a los demás con sentimientos de solidaridad y de fraternidad cristiana, especialmente a los más necesitados y a los extranjeros. Más allá de la justicia, la Cuaresma es el tiempo de la



Reflexiones Católicas.

caridad, de la misericordia y del perdón mutuo. En este mundo nuestro, que pretende ser el mundo del bienestar universal y perpetuo, no falta el sufrimiento y la soledad de los enfermos crónicos o desahuciados, los presos, los ancianos, los desplazados, los niños sin familia o los marginados sin esperanza.

La Cuaresma, porque es tiempo de renovación espiritual, es también el tiempo de acercarse al dolor de los demás, de compartir con ellos algo de nuestro tiempo y nuestras posibilidades, de ensanchar nuestro corazón para hacer sitio a los que sufren y ayudarles a vivir con esperanza en la casa de todos. «Dad y se os dará, una medida buena, apretada, remecida hasta rebosar. Porque con la medida con que midáis se os medirá a vosotros» (Lucas, 6, 38).

La llamada cuaresmal a la austeridad, a la justicia y a compartir los propios bienes con los que carecen de ellos, puede ser también estimulada por la invitación de la comunidad cristiana a participar en campañas colectivas de solidaridad. De esta manera, la sociedad, no sólo las personas individuales, pueden reconocer el significado y el valor de un «tiempo» que nos enfrenta con la verdad de situaciones sociales que están lejos de ser coherentes con la fe cristiana que profesamos y con las afirmaciones de justicia y solidaridad a las que estamos habituados. Invitamos, por ello, a los cristianos y a las mismas comunidades cristianas a participar en campañas de esta naturaleza que puedan organizarse en nuestras Iglesias.

d) Tiempo de arrepentimiento y penitencia

Acercarse de verdad a los resplandores de la resurrección equivale a salir de nuestras cautividades y servidumbres para acercarnos, con el estímulo de nuestros rectos deseos y la verdad de nuestras buenas obras, a la vida santa de la resurrección en Cristo Jesús. Pero nosotros solos no podremos nunca liberarnos de nuestras debilidades y pecados que forman parte de nuestra historia personal y social. Dios, con el poder renovador y recreador de su gracia y de su Espíritu, sí puede darnos un corazón y un espíritu nuevos que nos permitan vivir en la verdad definitiva de la vida santa de la resurrección.¹⁹ El Espíritu transforma así la profundidad de nuestro ser creando en el corazón humano nuevas actitudes y relaciones respecto de Dios y también de nuestros hermanos. La reconciliación con Dios implica necesariamente una sincera voluntad de reconciliación con los hermanos, fruto de un amor universal y verdadero hacia todos ellos. Pues sabemos que «quien no ama a su



Reflexiones Católicas.

hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve» (I Carta de san Juan, 4, 20).

Esta dimensión humana de la reconciliación y del perdón nos es especialmente urgente en medio de la sociedad conflictiva en que vivimos, para hacer la paz dentro de nosotros mismos y para transmitirla a los demás.

La verdadera penitencia es fruto del amor que Dios nos tiene y nos visita y renueva nuestros corazones si nos encuentra abiertos a Él en la humildad y en el arrepentimiento. Es lo que nos manifiestan las parábolas de misericordia y la enseñanza de Jesús a propósito del fariseo orgulloso y del humilde publicano.²⁰ La voz de los profetas y del mismo Cristo resuena por la predicación de la Iglesia: «dejaos reconciliar por Dios», dejaos renovar por El, dejaos recrear en la verdad del amor y de la esperanza.

La penitencia interior es una reorientación radical de toda la vida, un retorno profundo al reconocimiento de Dios como amor supremo y aspiración central de la vida. Comprende el deseo y la resolución de cambiar de vida con la esperanza de la misericordia divina y la confianza en la ayuda de su Espíritu.

Sólo Dios tiene el poder de perdonar de verdad los pecados. El perdón renovador de Dios nos llega por Cristo y por la Iglesia. «El Hijo del hombre tiene poder para perdonar los pecados» (Marcos, 2, 7). Sólo el Señor puede confiar a otros el poder de perdonar los pecados en su nombre con el poder recibido de Dios.

Para ello instituyó Cristo en su Iglesia el sacramento de la reconciliación y del perdón en favor de sus miembros pecadores, ante todo para los que, después del bautismo, hayan perdido por su pecado la santidad bautismal impidiendo así su plena comunión eclesial y eucarística.

Sería, por ello, un grave empobrecimiento para nuestras Iglesias diocesanas el que los cristianos se habituaran a vivir su vida cristiana prescindiendo de la celebración sacramental o no sacramental, del perdón y de la reconciliación con Dios y con los hermanos.

En el nombre de Cristo, la Iglesia nos anuncia y concede el perdón de nuestros pecados. Es ella la que confía a los presbíteros el ministerio de la reconciliación para ejercerlo «en la persona de Cristo». Ministerio que han de ejercer cuidadosamente en la fidelidad debida a la Iglesia que se lo ha encomendado y en atención a la importancia



Reflexiones Católicas.

que para cada persona y para la misma comunidad cristiana tiene el ejercicio de este Ministerio del perdón. Para obtener el perdón de Dios no es suficiente la mediación de la Iglesia que lo concede por el ministerio de los presbíteros. Requiere un arrepentimiento sincero de parte de quien quiere convertirse a Dios y un humilde sometimiento de la disposición penitencial y del pecado de cada uno, a la Iglesia que nos ofrece el perdón de Dios en el nombre de Cristo y de Dios nuestro Padre.

Cualquier celebración de la penitencia y del perdón ha de buscar la creación de una actitud personalizada de penitencia y conversión, nacida del conocimiento y del reconocimiento del pecado propio de cada uno. Es ese pecado el que ha de someterse a la acción sacramental de la Iglesia que perdona en el nombre de Dios. El pecado es un hecho que, aun teniendo diversas connotaciones sociales, es profundamente personal, como ha de ser también personal el retorno del pecador al Padre, el deseo de convertirse por una sincera penitencia del corazón, y la acogida de la comunidad cristiana que restaura la plena comunión eclesial con el penitente perdonado que participará después en la celebración de la Eucaristía.

Este proceso personalizado que lleve al conocimiento del propio pecado y al descubrimiento del verdadero rostro de Dios, dispuesto siempre a perdonar, preparará al cristiano a una recepción también personalizada de la gracia y la fuerza del sacramento de la reconciliación con Dios y con los hermanos. El reconocimiento del propio pecado y su manifestación personal ante el sacerdote forman parte del sacramento de la reconciliación. Es muy importante que junto con el anuncio de las celebraciones comunitarias de la penitencia, todas las parroquias y centros de culto en los que habitualmente se celebra la Eucaristía dominical y se haya de celebrar también el Triduo Pascual, den a conocer también las oportunidades que los fieles hayan de tener para la celebración personal e individualizada del sacramento del perdón.

Deseamos finalmente recordar que, en la mente del Papa Juan Pablo II, la llamada a la conversión y a la penitencia puede tener también este año un significado e importancia especial en la vida de la Iglesia, con vistas a la preparación del Gran Jubileo del año dos mil. Tal como él mismo nos lo indicaba, si queremos recibir con nueva plenitud los bienes de la redención y prepararnos para anunciar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo la salvación de Dios, habremos de vivir nosotros mismos, los que formamos esta Iglesia histórica de



Reflexiones Católicas.

Jesucristo, la autenticidad de nuestra conversión a Dios y a la vida propia de los verdaderos discípulos de Cristo.²²

Conclusión

Queridos hermanos y amigos:

Nos gustaría llegar a todos vosotros para llevaros un aliento de esperanza. Creemos que la resurrección de Jesucristo es la fuente más firme de esperanza que tenemos en este mundo. Por esto os la anunciamos.

A los cristianos querríamos comunicaros un deseo sincero de renovar vuestra vida espiritual desde dentro, desde lo más íntimo de vuestros corazones, allí donde cada uno está patente ante los ojos de Dios y abierto a la animación del Espíritu Santo. El objetivo de una Cuaresma vivida con lucidez y esperanza, coincide con los objetivos básicos que Juan Pablo II ha señalado para el Gran Jubileo del año dos mil: «el fortalecimiento de la fe y del testimonio de los cristianos, un fuerte deseo de conversión y renovación personal en un clima de oración siempre más intensa y de solidaria acogida del prójimo, especialmente del más necesitado» (Tertio Millennio Adveniente, n. 42). Hemos de hacer entre todos que esta Cuaresma de 1998 sea una Cuaresma activa, santa y santificadora, en la que todos intentemos vivir con más profundidad y más vigor apostólico los contenidos y las cualidades más esenciales y renovadoras de la vida cristiana. Hagamos que esta cuaresma sea una Cuaresma de auténtica renovación cristiana, una Cuaresma evangelizadora, la Cuaresma del Espíritu Santo.

Una Cuaresma así nos introducirá en el profundo misterio de la celebración de la Muerte y de la Resurrección del Señor. La experiencia que en ella tendremos, de la presencia del Dios vivo en cada uno de nosotros, que resucitó en el Espíritu a su Hijo Jesucristo, será el fundamento más firme de la esperanza en una vida abierta al Amor y a la Paz. Que santa María, la Virgen Madre de Jesús y Madre nuestra, asunta en cuerpo y alma al cielo, modelo y madre de la Iglesia, nos ayude a recorrer con amor y fortaleza el camino de la fe y de la perfecta fidelidad para que podamos imitarla en la santidad de nuestra vida y en la perfecta entrega al servicio del Reino de Dios en nuestro mundo.